



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Tant que le possible n'est pas fait, le devoir n'est pas rempli. — VICTOR HUGO¹.

Il y a du devoir et du travail pour tous, dans la régénération qu'appelle notre temps. — GUIZOT².

La vie religieuse remplace par un seul devoir et par une seule passion les devoirs et les passions multiples du monde. — PREVOST PARADOL³.

En sacrifiant tout à son devoir, on est sûr d'arriver au bonheur. — FLORIAN⁴.

Al publicar, hoy, la versión castellana de un nuevo libro de Smiles⁵, tenemos que consignar algunas observaciones, no sólo como indicación preliminar de la obra misma, sino también para que nuestro silencio no pueda

1. Mientras no se ha hecho lo posible, no se ha llenado el deber. — VICTOR HUGO.

2. Hay deberes y trabajo para todo el mundo en la regeneración que incumbe á nuestra época. — GUIZOT.

3. La vida religiosa reemplaza por un solo deber y por una sola pasión, los deberes y las pasiones múltiples de la vida social. — PREVOST PARADOL³.

4. Sacrificándolo todo al cumplimiento del deber, podemos estar seguros de llegar á la felicidad. — FLORIAN.

5. Véanse nuestras traducciones de *El Cardcter*, *El Ahorro* y *¡Ayúdate!* GARNIER HERMANOS, edit., París.

interpretarse como aquiescencia á ciertas teorías y á determinadas afirmaciones, á las cuales no podríamos dar nuestro asentimiento, sin faltar á lo que consideramos como un deber para con nuestros lectores y para con nosotros mismos.

Un libro sobre el deber no es empresa baladí, sino obra ardua y digna de las más altas inteligencias. Cicerón en su libro *De Officiis* nos ha transmitido uno de los más perfectos tratados de moral de la antigüedad pagana, dividido en tres partes: en la primera trata de *lo honrado*, en la segunda, de *lo útil*; y en la tercera establece una serie de comparaciones entre *lo honrado* y *lo útil*. San Ambrosio, en sus *Deberes de los ministros*, escribió una especie de breviario moral sobre los deberes del cristiano, cuya síntesis podría reducirse al siguiente consejo: «Atiende á la voz de la razón, y rechaza lo que te digan las pasiones».

Silvio Péllico, en días de lucha y de prueba para la libertad, compuso su célebre libro, *Deberes de los hombres*, en el cual se propone enseñar la ciencia de la vida. Por nuestra parte, confesamos que su lectura en vez de fortalecernos el espíritu, nos hubiera causado grandes desfallecimientos morales, á no tener, como felizmente tenemos, una fe inquebrantable en el progreso y mejoramiento de las sociedades, y por consiguiente del individuo. Otro pensador contemporáneo, Julio Simón, en su libro, *Le Devoir*, elevándose á las alturas de la filosofía, ha tratado cuestiones de grandí-

simo alcance moral. Su obra contiene estudios graves, enseñanzas austeras. Examina al hombre en las condiciones de sus relaciones para con Dios, y luego en las de su destino puramente mortal y perecedero. Finalmente, cree que las relaciones de todo género entre las altas y las bajas esferas sociales, son hoy demasiado fáciles para que puedan subsistir ciertos privilegios, y que, lo mismo arriba que abajo, todos tienen deberes comunes que llenar; deberes para con la conciencia, con la patria y con la sociedad.

Las obras que acabamos de indicar, pertenecen, pues, á un orden más bien especulativo que práctico, y el libro de Samuel Smiles, por el contrario, separándose de toda idea metafísica, penetra de lleno en las cuestiones prácticas: en la vida activa, en el trabajo, en la instrucción.

Los títulos mismos de los capítulos en que divide su obra son su mejor elogio, y prueba elocuente de la rectitud de sus intenciones. He aquí algunos: *La conciencia*; *El deber en acción*; *La honradez y la verdad*; *El valor y el sufrimiento*; *El marino*; *El soldado*; *La beneficencia y la filantropía*; *El cariño para con los animales*; etc. Todos estos pequeños problemas, que en conjunto constituyen el gran problema de la vida, están tratados por Samuel Smiles con sobriedad, con inteligencia y en un lenguaje sencillo, claro y al alcance del público menos docto. Además, Smiles procura siempre fijar sus preceptos en la imaginación del lector

por medio de ejemplos y de anécdotas más fáciles de retener que las largas disquisiciones filosóficas.

Dicho esto, ¿necesitamos añadir que no podemos aprobar los errores en que ha incurrido Smiles en la mayor parte de las citas y ejemplos en que habla de España y de los españoles? Hemos protestado, sin faltar nunca al respeto que debemos á un hombre de sus años y á un escritor de su mérito, añadiendo algunas notas á los párrafos en que mayores aparecen sus ligerezas de expresión y sus errores de fondo, pero no podíamos hacerlo con todos, y dejamos al discreto lector que supla por nosotros la contradicción de algunas afirmaciones menos importantes.

Fuera de estos lunares, el libro de Smiles es una obra digna de los mayores elogios. Á pesar de la llaneza de su estilo, sabe á veces remontarse hasta un lirismo conmovedor, sin dejar de ser viril, y las páginas que dedica á Savonarola, al tratar del sufrimiento, como las que se refieren al desinterés y al patriotismo del duque de Wellingon, son verdaderamente notables y del mejor gusto literario.

Diremos antes de concluir, que en cuanto á la doctrina, para Smiles, como para nosotros, *el deber* es el respeto de las leyes de la naturaleza, y el que se debe uno á sí mismo y á los demás; tiene por principio la libertad, por regla la justicia, por juez la conciencia y por objetivo el perfeccionamiento progresivo é indefinido de la humanidad; todos tenemos deberes que llenar en

la regeneración que prepara nuestra época para tiempos futuros; los deberes múltiples de la vida real no pueden sustituirse por los únicos deberes de la vida religiosa y puramente contemplativa, y finalmente, *sacrificándolo todo al cumplimiento del deber, podemos estar seguros de llegar á la felicidad.*

EMILIO SOULÈRE.

Paris, abril de 1839.

PREFACIO

Hace veinticuatro años que escribí el *¡Ayúdate!* libro que publiqué tres años después, en 1859. La relación de esa obra fué producto aparente de una pequeña causa. Había leído parte de ella á algunos jóvenes que se hallaban en un hospital de coléricos. Me esforzaba en hacerles comprender que la felicidad y el bienestar, dependían en el porvenir, de su actividad, de su cultura propia, de las privaciones y del imperio sobre sí mismo, y sobre todo de la honradez y de la rectitud del deber individual que constituye la gloria de un carácter viril.

Los resultados que conseguí fueron mucho más satisfactorios de lo que pude esperar. Me pareció que muchos de aquellos jóvenes, al llegar á la edad viril, serían llamados á desempeñar puestos de confianza, de responsabilidad y de provecho, y que algunos de ellos tendrán gusto en atribuir su honrado éxito á sus esfuerzos de trabajo y de espíritu, y también á las lecciones de sus profesores y maestros. Preparé así los apuntes para otro libro sobre el mismo asunto, y para otros más extensos, en mis horas de ocio, con-

cluidos ya los negocios del día, y le intitulé: ¡Ayúdate! aunque *Ayuda mutua* me parecía bien, pero ayudarse uno á sí mismo es más adelantado y más eficaz.

Cuando hube concluido la obra, ofrecí el manuscrito á un editor de Londres, pero declinó la publicación, dándome las gracias. La guerra de Crimea hacía que los libros fuesen invendibles en aquel momento.

Después de haber publicado la *Vida de Jorge Stephenson*, acudí á la benevolencia de Mr. Murray, quien acogió favorablemente mi ruego, y le envié la expresión de mi gratitud junto con el juicio que la obra había merecido en las revistas, que salvo alguna excepción elogiaban mis esfuerzos y más aún mi mérito. El ¡Ayúdate! fué traducido á casi todas las lenguas de Europa y también á algunas de la India y del Japón.

En América mi libro obtuvo muchas más ediciones y fué mucho más leído que en la Gran Bretaña, pero el autor inglés no puede nunca llegar á saber la suerte de sus libros en América. Parece que la ley tolera cierta piratería para con los libros ingleses, y el honrado editor de Nueva York se ve agobiado por el bribón editor de Chicago. No puedo comprender por qué razón la legislación americana sería menos honrada que la de Francia, de Alemania y de Italia. En todos esos países internacionales los derechos de autor son libres.

Trece años después de la publicación de ¡Ayúdate! durante los cuales me ocupaba en otras obras, escribí

859
14
1673

y publiqué *El Carácter*. Procuré ofrecer en ese libro un cuadro de hombres y mujeres nobles y magnánimos, y cité numerosos ejemplos sacados de las vidas de los mejores hombres y mujeres que han existido. Parecióme que era ése el mejor modo de ejercer influencia sobre el espíritu del pueblo joven, ofreciéndole enérgicos ejemplos de nobleza y de carácter. « Algunos pueblos exclaman, dice Isaac Disraeli, no nos deis anécdotas de un autor, pero dadnos su obra; aunque á menudo me ha parecido que las anécdotas son más interesantes que los libros. » Ése es el ejemplo con el cual he llegado siempre á convencer. « No es, dice Plutarco, en los hechos más distinguidos, ni en las virtudes ó en los vicios más reconocidos, sino en acciones algunas veces insignificantes, en una simple palabra, en una broma, en lo que se conoce y distingue realmente el carácter personal, más que en una gran batalla ó en un acto importante. » 1878

Cinco años después publiqué *El Ahorro*, en cuyo libro tomé á mi cargo demostrar la dignidad del trabajo, los adelantos que se consiguen economizando con orden y seguridad para llegar á la independencia y poder subvenir á las necesidades de la familia, pensando en el porvenir y llevando una vida sobria, justa, en una palabra, una vida de hombre; evitar la horrible causa, la bebida, que empobrece á tantos hombres y mujeres, y procurar elevarse á las alturas de la virtud, de la moralidad y de la religión. Creo que ese libro dará muy buenos resultados. Desde que vió la luz pública, se han formado muchas instituciones para la

propaganda y el establecimiento de la economía nacional, y me consta, también, por varios correspondientes, que se han abierto muchos *bancos de peniques*, que no existían antes.

Cinco años después de la publicación de *El Ahorro*, salió *El Deber*, último libro de la serie. He creído que sería más ventajoso aún que los anteriores. En todo caso he hecho lo posible, según me lo dice la silenciosa facultad interna que permanece en mí. El lector hallará en las páginas que siguen, numerosos ejemplos para los hombres y las mujeres, honrados y mejores de la carrera activa. Grandes esfuerzos de voluntad y de trabajo de un interés prodigioso hechos por los hombres resultan de esos ejemplos. Un gran carácter que piensa en su fin, es el guía silencioso de la energía humana. Quien desee acercarse á la cumbre de la suprema perfección del deber, ocupará el primer puesto con el más distinguido de su raza.

El alcance de este libro revela el aliento de la austera voz del deber; los cielos la buscan con nosotros, sólo el infierno la teme.

Londres, noviembre de 1880.

TABLA DE MATERIAS

CAPÍTULO PRIMERO

EL DEBER. — LA CONCIENCIA

La esfera del deber. — El soldado de Pompeya. — El *Birkenhead*. — Un legislador americano. — Base del deber. — Libertad. — La conciencia. — El poder de la voluntad. — La religión. — Dominio sobre sí mismo. — El mejor gobierno. — Pascal, sobre la vida. — Enseñanza de Sócrates. — Platón. — Ideal del Nuevo Testamento. — El doctor Macleod. — El carácter.

CAPÍTULO II

EL DEBER EN ACCIÓN

El deber en el hogar. — Dirección de la voluntad. — Hombres sin carácter. — Locke, sobre la voluntad. — Enseñanza de la escuela y la moralidad. — La libertad humana. — Noble tarea. — Las dificultades. — La holgazanería. — Actos de un insensato. — La resolución y el valor. — El profesor Wilson. — Vacilar. — Pesimistas. — Milagros del genio. — La cultura. — La apatía cultivada. — La indiferencia. — Goethe. — Habilidad intelectual. — Lady Verney, sobre la literatura. — La disciplina del hogar. — El barón Stoffel, sobre la disciplina. — El « Diluvio ».

23

CAPÍTULO III

LA HONRADEZ. — LA VERDAD

La mentira. — Mentirillas. — Régulo, el romano. — Platón y Marco Aurelio, sobre la verdad. — La honradez en los nego-